SOLEMNIDAD. EL SANTíSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

EL DIA DE CORPUS

Padre Pedrojosé Ynaraja

Cuando uno es viejo, mis queridos jóvenes lectores, tiende a recordar y comparar. Recordar lo que se elaboró en su interior y lo que ha vivido en su entorno. Resulta muy interesante someterse a un tal proceso, ya que es como reconstruirlos en relieve. Y verse y juzgarse sumergido en ellos.

Yo no sé quién me habló por primera vez de la comunión. Recuerdo como me enseñaron en familia a rezar y como lo hacíamos juntos cada día. Recuerdo la catequesis de preparación en un colegio de hermanos maristas de Burgos. Recuerdo mi primera confesión y mi primera comunión. También la asistencia siempre a misa los domingos. Y, como os decía, recuerdo y comparo la realidad de mi entorno, y os confieso que me siento satisfecho espiritualmente de mi experiencia eucarística.

Si amar y estar rodeado de amor, es tener a Dios al lado. Si leer, proclamar y meditar la Palabra, es comulgar con Dios-Verdad. Si sumir la Eucaristía fervorosa o aun algo distraídamente, es alimentar eficazmente el espíritu, o acercarme al sagrario y abrazado a él, confiarle mis ilusiones, pedirle ayuda y asistencia en mis fracasos, es consuelo. No me siento, pues, nunca solo, ni fracasado.

No ha sido fácil vivir la fe en la Eucaristía. Reflexiono ahora y me doy cuenta de que mis concepciones de las cosas, o de mí mismo, dependían de ideologías griegas, que ni correspondían a la enseñanza del evangelio, ni podían casar con las concepciones de la realidad, de mi misma realidad, que yo ahora asumo. Me costaba estar convencido de la presencia del Cuerpo, Sangre, Alma y divinidad del Señor en la Eucaristía, porque partía de unos postulados físicos, que son los que ahora no me convencen. Creo que a generaciones futuras les será más fácil aceptar la presencia, porque no dependerán, como nosotros dependemos, de unos conceptos de la ciencia física ya obsoletos.

He vivido la duda y el fervor, y de ninguna de las dos cosas me arrepiento. La Eucaristía es alimento espiritual fundamentalmente y estoy de ello convencido, por el provecho que he recibido. En nuestra vida corporal, podemos gozar de buenos sabores y alimentarnos y disfrutar del buen gusto que tenían. O comer despreocupadamente y aun así sentirnos más tarde satisfechos, sin ni siquiera recordar lo que hemos comido, pero siendo conscientes de que nos hemos alimentado y de que hemos obtenido el vigor necesario para continuar nuestras tareas diarias.

Algo semejante pasa con la comunión. Algo así ocurrirá, si la recibimos con frecuencia. Guy de Larigaudie dice: nunca debemos decir mañana, o tal día, iré a

comulgar. En todo caso advertir, tal día no comulgaré, porque no recibirla, debe ser la excepción. Una cosa es que aceptemos el que podamos comulgar distraídos, pero nunca debemos banalizar la Eucaristía. Ir a misa y comulgar porque los demás lo hacen, sintiendo la incredulidad en nuestra mente, comulgar por no hacer un feo a quien nos ha invitado a un acto en que se incluye la misa, es enorme error. Aquellos que dicen: deja que comulguen si quieren, que no les causará ningún mal, se equivocan rotundamente. El más rico manjar, el plato más apetitoso, el mejor cocinado y saludable, si quien lo engulle tiene mal el estómago, no lo asimilará y seguramente le causará dolor la mala digestión y si reincide con frecuencia, dañará seriamente su salud.

Podemos invitar a rezar, recomendar tener confianza en Dios, convidar a misa y se una a la plegaria litúrgica. Serán, sin duda, pasos al frente, que le acercarán a la unión más íntima que es la comunión.

Otro ejemplo y que nadie le parezca incorrecto. Hubo un tiempo que en los piensos de ciertos animales, se les añadía por sistema, una dosis de antibiótico. Se creía impedir por adelantado posibles infecciones. Tal vez pudieron vender a buen precio aquellos bichos, pero la segura consecuencia general, ha sido la contribución a que nuestros ríos vayan cargados innecesariamente de estos fármacos y que enfermos que los necesitan ya no logren su curación, por la resistencia que hacia ellos tienen ciertas bacterias que les enferman.

Lamentaría que este mensaje mío de hoy, os llevara a pensar que os estoy apartando de la comunión, mis queridos jóvenes lectores, y es todo lo contrario. La vida espiritual exige Fe e higiene. Precisa la oración asidua, como la vida corporal necesita buena respiración. Cuando con humildad, espiritualmente limpios, en cuanto podamos, quiero decir, arrepentidos y obtenido el perdón de Dios en el sacramento de la Penitencia, vamos a comulgar, aunque estemos algo distraídos en aquel momento, los frutos que dará en nuestro interior la Eucaristía, serán magníficos.

Si os preguntáis cómo puede un misionero resistir las dificultades de la vida en un país adverso a la Fe cristiana, o de dónde saca fuerzas una Hermana o un Hermano que atiende a un enfermo achacoso, molesto, impertinente, incurable, pero respetable, o como es capaz de atender a sus hijos con cariño una madre a la que no le llegan ingresos o ella misma está enferma, como soporta una vida entregada al servicio de los fieles, prescindiendo de goces tan atractivos y legítimos como el matrimonial, descubriréis que la energía la saca del Señor que le llega y permanece en él, mediante la frecuente comunión.

Cuando miro atrás respecto a mi vida y me pregunto el porqué de que no haya abandonado ni el ministerio, ni la fidelidad a mi vocación, no encuentro otra respuesta que la de que en poquísimas ocasiones dejo de celebrar misa. Y que como soporte tampoco dejo de rezar más o menos bien. Algunos días ambas cosa pueden parecer rutina y no soy capaz más que de decirle a Dios: pronunciaré unas frases buenas que he aprendido, es lo único que puedo ofrecerte hoy, pero continúa

protegiéndome y amándome. Y no lo dudéis, me comparo con muchos y me siento mucho más feliz que ellos.

No os creáis que olvido los textos de la misa de hoy. Los repaso ahora y creo que lo que os he escrito, mis queridos jóvenes lectores, corresponde a su contenido. Hablaros de lo que pudo ser el maná del desierto, de las hipótesis que hacen los estudiosos sobre su origen, me parece que hubiera sido pura erudición. La corta segunda lectura, el fragmento de una carta de San Pablo a los corintios, es tan evidente su enseñanza, que me ha parecido que no era necesario ningún comentario.